

## Entrevista a Nora Strejilevich, Buenos Aires marzo 2025

**Ewa Kobylecka-Piwońska:** Vamos a empezar con la pregunta sobre tu percepción de tu propia judeidad. ¿Cómo la vivís? ¿Qué significa para vos? ¿De qué manera esto te interpela personalmente?

**Nora Strejilevich:** Claro. Sí. Bueno, viste que en mis escritos a menudo aparece el tema de la judeidad antes y después de la desaparición. Porque cuando yo me crié, mi papá y mi mamá eran ateos. Pero no importa, los dos eran judíos, podrían haber seguido las tradiciones. Además, mi papá era reacio a seguir cualquier tipo de tradición, no solo las del judaísmo. Y mi mamá tampoco estaba muy interesada. O sea, en mi casa jamás celebramos nada relacionado con lo judío ni con lo no judío. Íbamos a las fiestas de otros para Año Nuevo, para Navidad, no para lo que se celebra... ¿cómo se llama? ¿Qué coincide?

**Diego Niemetz:** Jánuca.

**N:** Jánuca. Entonces, yo me crié en un mundo donde el judaísmo existía muy poco, pero sabía que era judía, sabía que no era católica como las demás. Sabía, por fotos que había en mi casa, que había muertes en Europa, que eran nuestros familiares. Veía fotos de gente que yo no conocía y que había muerto. Después supe lo del Holocausto y lo de la Shoá, y entendí que eso tenía que ver con las fotos. Me acuerdo que mi papá decía que los familiares se arrancaban una... ¿cómo se llama esto?

**D:** Un pedacito de tela, en señal de duelo.

**N:** En señal de duelo, sí. Eso me llamaba la atención. Ese gesto es lo único que creo que me dijo sobre cómo vivían ellos, porque mi papá también nació acá. Entonces, era como una imagen de cómo vivían sus padres. Que se arrancaban un pedacito de tela. Después, cuando nos mudamos a Once, el barrio donde mi papá había vivido de chico, en el mismo edificio, y que en esa época era el barrio judío, ahí empecé a tener más noción. No solo porque iba a Hebraica, que quedaba cerca, sino por el barrio, por el tipo de pan que comían, porque por la ventana se escuchaban los cantos del templo, que estaba a la vuelta. Te lo cuento así, autobiográfico, para que veas en qué medida esto me empezó a afectar lentamente. Además, los grupos judíos eran los que organizaban campamentos, y nuestros padres nos querían mandar. Yo fui a campamentos de organizaciones sionistas de izquierda, como Hashomer Hatzair, cuando era chica. Entonces, ahí me enteré y conviví con esas tradiciones, entendí lo que era Israel y todo lo demás.

---

**EKP:** ¿Era un campamento de verano?

**N:** Sí, era un campamento de verano, organizado por grupos sionistas de izquierda, que durante el año también tenían actividades. Yo no participaba en esas actividades, pero sí iba a los campamentos. En los campamentos incluso nos hacían entrenamiento con palos, como defensa personal, porque en esos años había ataques a chicos judíos que salían de instituciones educativas. Venían de Tacuara, un grupo que se llamaba Tacuara, y nos enseñaban a defendernos. Todo eso lo supe no porque me lo transmitieran en mi familia, sino por esos espacios donde yo iba.

En Hebraica, que era también un club judío, íbamos a hacer gimnasia, actividades sociales, biblioteca... y ahí nos enseñaban lo del viernes. Yo ni siquiera sabía lo que era Shabat, lo aprendí ahí. Cuando lo aprendí, ya estaba en sexto grado, tendría unos diez años. Ese es el contexto: cómo lo judío me fue afectando. Yo me daba cuenta de ese silencio tan particular, ¿por qué no me contaban? Me fui enterando de a poco. Era llamativo, porque mis padres no eran contrarios. Cuando estuvimos en el centro, mi papá y mi mamá iban mucho a Hebraica a eventos culturales, y en casa teníamos revistas de algunas organizaciones judías. O sea, no eran contrarios, pero no lo transmitían. Eso me despertaba curiosidad.

Pero lo que más me marcó —y eso está en mis escritos— es que cuando me secuestraron, me trataron de judía. Yo no me esperaba eso, porque nunca me había pasado, y no pensaba que la represión fuera de ese tipo. Entonces, sí, eso me pasó y lo tuve que asumir. Es algo que marca tu vida para siempre. Por eso digo, como la frase: “sos judío si te miran como tal”, que no la dije yo, la dijo Sartre. Pero no es la única manera de ser judío. Es lo que me pasó a mí. No digo que ser judío sea eso, pero para mí fue eso: si me miraban como tal, entonces yo lo era. No importaba si no lo sentía o no tenía la cultura, no importaba nada. Entonces, bueno, si me van a mirar como tal, mejor saber de qué se trata.

En ese sentido, no es que haya aprendido mucho de las tradiciones. Me acuerdo de una escena al entrar a Israel, muchos años después de haber vivido allí en los 70, en el 77, un año y medio. Fui por otro motivo, y al entrar se dieron cuenta de que entendía hebreo, porque lo había estudiado en Israel. Me preguntaron si era judía, les dije que sí. Y me dicen: “Bueno, dígame cuándo son las fiestas judías”. Me pareció una broma. Les dije: “Mire, yo no sigo la tradición, no sé cuándo son”. Y me dicen: “¿Cómo? ¿Qué tiene que ver eso?”. Les dije que no era religiosa. Tenía razón lo que me dijo: ¿qué tiene que ver eso con la religión? Terminamos

discutiendo como dos judíos, pero en la frontera, para ver si yo entraba o no por saber o no la fecha. Al final les dije en hebreo “felices fiestas”, que era lo que sabía decir, y me dejaron pasar.

Esa escena para mí es más significativa que mil definiciones. ¿Qué es ser judío? ¿Saber cuándo son las fiestas? ¿Saber qué significan? ¿Saber hebreo? ¿Identificarse con Israel? ¿No saber nada y que te traten como judío? Creo que hay tantas experiencias judías como judíos hay. Y además, no se trata de una identidad homogénea. De hecho, no me gusta llamarlo identidad, porque la identidad me parece una palabra que coagula, como si fuera algo estable. No es estable, es movimiento. Entonces, quizás tampoco usaría la palabra identidad. Pero bueno, es un rasgo, sí, parte de la fluidez de todas las... ¿Hay que decir identidades? ¿Qué otra palabra? Quisiera encontrar otra. Condiciones que tenemos, no sé. Porque también soy canadiense, soy argentina, soy...

**EKP:** Entonces, parecería que ser judío es interpelar su condición de judío. Preguntarse por qué y en qué medida.

**N:** Y sí. La respuesta nunca está cerrada. Después de tanto tiempo, tantas asimilaciones y procesos, no sabemos muy bien qué es. Pero se supone que interrogarse es una de las cuestiones. Y creo que, viendo a esos grupos de colonos en Israel, tan fanáticos, parece que se olvidan de que el judaísmo tiene mucho que ver con cuestionarse. Ellos dan verdades apodícticas. Para mí, lo mejor del judaísmo es dudar de todo, interpretar, interpretar e interpretar, y no parar nunca en algo tan absoluto. Me parece que ellos, en ese sentido, se olvidan del judaísmo. Por eso hablo de judaísmo en mis escritos. Además, porque varios de esos textos surgieron cuando vivía en Estados Unidos, donde los estudios judaicos son importantes, más que acá, creo. Como ya habían leído mi primer libro, el del testimonio, donde hablaba de eso, después me pedían colaborar en libros sobre el tema y me mandaban preguntas. Y yo iba respondiendo.

**EKP:** En tu novela cuentas cómo respondiste al anuncio “se buscan sobrevivientes del terrorismo de Estado”...

**N:** Sí, era increíble. Porque en esa época, en los años 90, las computadoras eran menos sofisticadas que ahora. Yo buscaba algún lugar donde pudiera hacer investigación en Estados Unidos. Buscaba uno por uno, porque no había categorías. Y de repente encuentro una que decía que buscaban sobrevivientes de terrorismo de Estado o situaciones de violencia política para hacer investigación.

**EKP:** ¿Te pareció un chiste, no?

N: ¡Me pareció un chiste! Y, sin embargo, esa era la demanda desde afuera. Yo nunca había pensado presentarme así ante una institución. Ahora lo digo a veces, cuando presento mis libros, porque son los libros donde hablo de eso: digo que son los libros de una sobreviviente del terrorismo de Estado. Pero imagínate, para presentarse a un trabajo en Estados Unidos, no iba a decir “soy sobreviviente del terrorismo de Estado”. Resulta que presenté un proyecto para hacer un archivo testimonial y además investigar el tema, que ya había trabajado en mi tesis. Presenté el proyecto y me aceptaron. Entonces trabajé en un lugar que se llamaba Virginia Foundation for Humanities. Y este departamento era el Departamento por la Sobrevivencia y... otra palabra más, era un subdepartamento. Y allí trabajé como la sobreviviente que investigaba el tema. Una cosa de locos.

Siempre es eso: uno está abierto a encontrar algo y la demanda viene, o el llamado viene, no sé. Entonces, ante estas situaciones, me interesaba el tema no solo desde el punto de vista de ser o no judía, sino desde el terrorismo de Estado en nuestro Cono Sur. Yo ya me había interesado en eso cuando escribí mi tesis. Quería hacer una tesis sobre literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay. Yo quería hacer eso y no otra cosa, y estuve esperando un año que alguien me aprobara el proyecto, porque si no, no iba. O sea, el interés lo tenía, pero más bien encarando el tema del testimonio, porque era algo que me interpelaba: yo había querido escribir lo que viví y sentía que el testimonio oral no me satisfacía, tampoco el cronológico. Necesitaba investigar literariamente ese asunto. Entonces me empezó a interesar cómo lo habían hecho otros y estudiar ese fenómeno, que en ese momento no se consideraba literatura. Y yo estaba en una carrera literaria, doctorado en literatura, y no lo consideraban literatura. Así que me puse a investigar algo que estaba en los bordes y que era difícil de aceptar por la academia en esos momentos.

Así que empecé, uno abre un espacio y claro, ahí se metía ese tema también, porque yo me fui exiliada primero a Israel, porque soy judía, y siempre lo dije, y porque me secuestraron y me dijeron eso. Entonces todo se imbuía de lo mismo, pero también tenía que ver con lo que ciertos círculos querían saber en ese momento. Ahora, si uno es judío, a nadie le interesa mucho; al contrario, mejor no lo digas, porque hay un clima de época donde pulula el antisemitismo. Entonces todos tratan de evitar un poco ese tema para no generar tensiones. Es paradójico, pero es así. Era otra época. Bueno, lo cuento con anécdotas; si quieren, puedo darles un poco más de conceptualización...

EKP: No, no, no, está perfecto. *¿El Lugar del testigo* tiene alguna relación con tu tesis?

N: Sí. Mirá, de mi tesis hice un libro, muy reducido, al que le saqué todo el aparato conceptual, más académico. Después, El lugar del testigo surge porque quise actualizar ese texto, donde también está la división Chile, Argentina y Uruguay, y donde se analizan textos parecidos. Pero con el tiempo me hice la autocrítica, leí otros materiales, vi ciertas cosas de otra manera, y entonces lo cambié. Fue otro libro, pero partió todo de mi tesis, luego de este, y después llegó El lugar del testigo. O sea, es un camino de investigación en ese tema, que empezó en el doctorado y siguió toda mi vida, y terminó en tres escritos: la tesis, este libro y el otro. Son cuestionamientos sobre el testimonio del testigo, que siempre me interpelaron, no tanto por mi propia demanda, como te contaba, sino también por la demanda social.

Lo que pasó acá es que los sobrevivientes estábamos muy ninguneados, había un manto de sospechas sobre nosotros. Era muy impactante para alguien como yo, porque se hablaba tanto de todas las organizaciones de derechos humanos, hasta el día de hoy, y no se nombraba a las de ex detenidos desaparecidos, que existían pero dejaron de existir al final. No les daban micrófono, había una especie de silenciamiento, porque era difícil lidiar con los sobrevivientes, me parece a mí. Entonces no se los veía.

EKP: ¿Por qué dijiste que era difícil lidiar con los sobrevivientes?

N: Porque hay una especie... lo que dicen algunos sobrevivientes, es que nosotros tenemos el virus. Cargamos con el virus del campo de concentración. El campo de concentración es eso horroroso que nadie quiere confrontar de frente. Sí, sabemos que hubo una dictadura, que hubo centros de exterminio, pero nadie quiere entrar en detalle. Entonces, cuando se acerca un sobreviviente, da un poco de miedo: “me va a contar, si le pregunto me va a contar la historia”. Y entonces la duda es: ¿cómo le voy a preguntar? ¿Por qué voy a revolver heridas? Es complejo. Y lo peor es que se consideró al sobreviviente, por mucho tiempo, y hay gente que todavía lo piensa, como colaborador o colaboradora. Porque piensan: ¿por qué sobreviviste? Mi hermano, mi hermana, mi mamá, mi papá no sobrevivieron, ¿por qué vos sí? ¿Qué hiciste para sobrevivir? No entienden cómo funcionaba el centro de exterminio: nosotros no hicimos nada para sobrevivir. Ellos eran los dioses, no nosotros. Pero ese es el lugar común.

Incluso, con respecto a mujeres que fueron violadas sistemáticamente, les preguntaban en programas de televisión: “vos fuiste pareja de tal”. Recién hace unos años se escribió un libro que se llama Putas y guerrilleras, donde se trató el tema, pero habían pasado muchos años. Una de las autoras, Miriam Lewin, había escuchado eso que le dijeron a ella misma en un programa. Incluso recientemente escuché a alguien, un intelectual, no voy a decir quién, que nombró a

todos los movimientos y no nombró a los testigos o sobrevivientes, sin los cuales nada de esto se hubiera sostenido. Porque no se podría haber determinado qué pasó, porque como en la Shoá, borran las huellas. Entonces sí, la palabra del testigo. Es muy difícil la figura del sobreviviente. Además, si ya te dan por muerto y volvés, es rara la sensación. Yo volví cuando iba a Israel, me secuestraron cuando ya me estaba yendo. El grupo con el que viajaba tomó el avión y les informaron en el avión que yo había sido secuestrada. Entonces, después cuando llegué y me vieron, era como que volvía el fantasma. Era raro para ellos. Y yo entiendo esa posición, después se acostumbraron, pero entiendo que la sociedad —no la justifico— trata de no pensar en nosotros. Sin embargo, nosotros somos los pilares de todo eso, porque sin nosotros no hay testimonio, no hay relato de lo que pasó. Relato en sus fibras más íntimas.

EKP: Sí, hay acá parecidos y diferencias con los sobrevivientes del Holocausto, porque al principio también se cuestionaba y se hacía esta misma pregunta: ¿por qué vos sí y mis parientes no? La diferencia es que hay este respeto institucional hacia los sobrevivientes del Holocausto.

N: Bueno, acá también, porque los juicios nos dieron un respeto institucional muy grande, porque nos presentamos a declarar. Pero la diferencia es que acá se trataba de una militancia. Entonces, como se trataba de una militancia, piensan que en la Shoá no era eso. Y acá fue más bien un *politicidio*. Entonces es más fácil pensar: “ah, vos te salvaste porque cantaste”, porque hiciste algo, porque traicionaste. Ese discurso lo tenía la izquierda y los movimientos políticos, y duró mucho tiempo.

Incluso el testimonio de Silvia, que salió ahora escrito por Leila Guerriero, en *La llamada*. A ella la habían tratado muy mal también por su supuesta colaboración. Nadie le había preguntado en detalle todo. Pero para dar un ejemplo más claro, se escribió hace muchos años —y se reedita ahora— un libro de Liliana Heker que se llama *El fin de la historia*. Está basado en una entrevista que le hizo a una amiga suya muy cercana de la secundaria, que algunos llaman Cookie, otros con otro nombre, no me acuerdo el real. Ella hizo esa ficción y le mandó anónimamente el libro a su amiga. Hizo un uso horrible del testimonio que le dio, porque la puso como traidora directamente. Para una sobreviviente que se abrió tanto a la escritora, la traición fue hecha por la escritora, no por la que dio el testimonio. Y la escritora se sintió traicionada porque todas las utopías, las ideas de revolución que habían tenido de jóvenes... ¿cómo esta mujer había llegado a hacer esas cosas por el hecho de caer en un campo de concentración? Más o menos esa es la hipótesis del libro: que la militante fue la que traicionó. Yo digo que la que escribió el libro no entendió nada. Y bueno, si no entienden, presentan a los

sobrevivientes como traidores. Y eso hizo mucho daño. Esos libros le hicieron mucho daño al sentido común en el país.

Porque otro libro que salió antes, que también era buenísimo —no digo que sean malos como escritura, ese libro yo lo leí, me pareció fantástico—, el de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*. Pero también presenta a un montón de gente como traidores. Y después, cuando te enterás cómo eran las historias, no era así como lo cuentan. Y eso hace daño, porque la gente lee esos libros y esa es la versión que tienen de lo que pasó.

Entonces, por eso me interesó escribir. Y también, por ejemplo, Beatriz Sarlo. Beatriz Sarlo decía que la voz del testigo no hay que tenerla en cuenta porque no puede reflexionar sobre su propia experiencia. Que no podemos. Entonces, bueno, me interpelaba, yo le tenía que contestar. Nunca hablé con ella, pero lo que decía... y es una gran intelectual, no pienso lo contrario, pero ¿cómo pueden todos ellos coincidir en algo tan devastador? Bueno, entonces por eso escribí lo que escribí. Si no, me hubiera dedicado a otra cosa. Me daba rabia, y eso me impulsaba a contestar.

D: Bueno, es muy interesante todo lo que contás. Coincido con vos en que algunas de las personas que nombraste, parecen cometer un error que digamos. La intelectualidad debería haber aprendido después de la Shoá, que es necesario limitarse a no emitir un juicio sobre la experiencia del otro, ¿no? O sea, esta idea del fracaso de los ideales, en el contexto de la Shoá, fue muy famosa una discusión que tenía que ver con los sobrevivientes, que era que las personas que habían muerto habían ido como ovejas al matadero, no se habían organizado para luchar y se habían dejado asesinar, y los que sobrevivieron estaban condenados a una especie de ostracismo silencioso, incluso en Israel. En Israel recién pudieron empezar a hablar después del juicio de Eichmann, en el juicio de Eichmann. Entonces, una pregunta que me parece interesante es ¿si vos sentís que efectivamente a partir de ese juicio externo hay una lección o hay una superposición entre las experiencias judías de la Shoá y de la dictadura militar, que tuvo una dimensión claramente antisemita? Porque desde el comienzo los testimonios de sobrevivientes judíos de la dictadura, el más famoso quizás sea el de Timerman, que él destaca la dimensión antisemita nazi de los militares argentinos.

N: Yo lo entrevisté a Timerman y él me dijo también que cuando hay una dictadura en Argentina, siempre el tema judío aparece. Es como que esa dimensión no es solo la de la dictadura del 76, que se notó más, pero que eso está ahí porque hay una formación en el partido militar que es antisemita. Yo no sé si cambió en los últimos años, no lo investigué, pero evidentemente había

una dimensión antisemita y eso, por eso, yo declaré tantas veces como pude y eso no solo lo dicen los judíos, lo dicen también los testigos que no eran judíos. El Club Atlético, donde yo estaba, era particularmente antisemita. Había lugares de detención que eran menos que otros, dependiendo del personal. Y en el que yo estaba, todos los que escucharon algo, judíos o no judíos, declaran que se escuchaban música nazi. Yo vi una gorra militar que estaba en el museo del Club Atlético que tenía, una gorra de policía, perdón, que tenía la esvástica grabada en la parte de adentro. Cuentan de cómo tatuaban con esvásticas a algunas prisioneras o como a un judío lo hacían ladrar como un perro, etc. O sea, que esa narración es evidente y no solo hay una similitud por ese lado, sino que también el hecho de la desaparición de personas. También en la Shoá desaparecían en la noche y en la niebla, y se usaban la palabra *figuren* para los desaparecidos. O sea, que no es que los métodos fueran iguales ni que se persiguiera el mismo grupo, sino que hay un hueco simbólico muy fuerte y una ideología que se transmitió acá. En Chile estaba directamente el enclave nazi que fue el campo de concentración Colonia Dignidad donde directamente eran nazis exportados de Alemania que hicieron lo mismo ahí adentro.

D: Sí, está clarísimo eso. Yo me refería más a una dimensión personal, individual de la experiencia, como haber recibido de algún modo de la generación anterior el trauma de la Shoá. Bueno, quizás, vos tenés ese recuerdo de niña de las noticias que llegaban de Europa, pero esa conciencia colectiva de que eso nos lo hicieron a nosotros, nos lo hicieron a los judíos y de repente, tener una experiencia personal que va girada hacia ese lugar.

N: No, totalmente. Yo por eso hago siempre estos vínculos con mi abuela o con ese pasado que yo veía en las fotografías. Es haber experimentado de alguna manera un destino similar, claro, eso me vincula con el judaísmo sin dejar de entender que se trata de otro tipo de cosas a nivel histórico, pero claro que te vincula. Cuando algunos leían el testimonio de Timerman pensaban que él estaba despolitizando el tema porque lo vinculaba tanto a la Shoá. Pero no es así. Él es un judío que habla, no está hablando por todos, pero habla de su experiencia y evidentemente es una experiencia que tiene huecos totales con eso, además que lo interrogaban en su juicio, lo interrogaban por el Plan Andinia que es todo que proviene del nivel antisemita, o sea, que no se puede desligar de la historia y de la vivencia del judaísmo cuando uno es un judío que está en sus manos. Hay mucha gente que eso no lo entiende, pero yo creo que se entiende a nivel teórico. Porque en los estudios que se han hecho sobre la dictadura militar argentina se usa mucho todo lo que se aprendió durante los estudios de la Shoá, se usa la terminología, se habla del léxico del terror y también yo lo analizo en mis estudios, pero no me lo inventé, yo lo leí en otros también. Hacen ese vínculo con el nazismo, pero a nivel personal claro que sí, yo me



siento muy unida a todo lo que sufrieron todos aquellos que no conocí. Esa historia de mi familia me quedó, o sea, cómo esa caja con fotos cobró otra dimensión a partir de mi propia experiencia y ese interrogante sobre qué habrá pasado con sus vidas, que es lo mismo que siento con los de mi hermano, que averiguó, averiguó, pero no averiguó nada, o sea, que no llego a saber. Entonces, sí, por supuesto, que tiene un hueco y entonces, claro entiendo que para todos los desaparecidos judíos que somos muchos, eso tiene... imagínate, el caso típico es el de Sara Rus. Sobrevive Auschwitz, viene acá, se casa con otro sobreviviente de Auschwitz, tiene un hijo y el hijo desaparece, es la experiencia que se repite... Como a mí no me gusta quedarme en la sensación de que siempre somos las víctimas, porque eso, creo que distorsiona o no permite afrontar las realidades del presente. Me refiero a lo que está pasando en Israel y Palestina. Al sentir que nosotros somos las víctimas absolutas, no nos permite ver al otro que puede ser víctima también, incluso de nosotros, es una cosa muy compleja, pero ver el otro lado. Lo que veo de mis amigos y amigas de Israel es que cuando hablan, solo hablan de lo que les pasa a ellos. No hay una frase sobre lo que pasa del otro lado y eso a mí me espanta, entonces yo no quiero caer en eso. Quiero ver que nosotros sí tenemos esa historia, pero quiero mirar alrededor. No me gusta quedarme, nunca me gustó, antes de que pasara esto, nunca me gustó quedarme en el lugar de la víctima, en el momento en que sos testigo ya dejás de ser víctima. Por eso me interesa también el relato, porque yo cuando lo relato con mis propias palabras, yo dejo de ser víctima, yo ahora cuento mi historia. A mí me importa mucho no estar en el lugar de la víctima, es algo instintivo. Nunca me gustó pararme ahí, entonces trataba de salir y cómo salgo haciendo eso, en una forma simbólica.

**EKP:** Eso es lo que yo leo en tu libro *Un día, allá por el fin del mundo*, donde contás viajes por diferentes lugares, por ejemplo, a Sudáfrica o Guatemala. Lo que me llamó la atención fueron las relaciones de solidaridad, de empatía, que se crean de manera muy inesperada. Te doy un ejemplo: en Bolivia encontrás a la familia de Saúl, un sobreviviente del Holocausto, que trata muy mal a su personal de servicio, que es indígena. Otro ejemplo: en un aeropuerto en Estados Unidos, encontrás a una mujer negra y escribís que “esperabas un gesto más amable de una negra, por una especie de solidaridad, no de víctimas, pero en general de perjudicados”. La condición de perjudicado y privilegiado cambia mucho dependiendo de dónde uno esté, que uno puede ser las dos cosas. ¿De qué modo se crean estas relaciones de solidaridad?

**N:** Tenemos que romper con la idealización y con esa tendencia a transformar la historia en blanco y negro, o en rosa y negro. Yo trato de mostrar que todo tiene su otra cara. Cuando te movés por el mundo, te das cuenta de que esta persona, en esta situación, es víctima, y en otra

puede ser victimaria. O incluso, en el mismo momento, es víctima porque, por ejemplo, una mujer negra en un servicio estatal seguro que es víctima por cómo la tratan, y entonces cómo se descarga sobre mí. No sé cómo se establecen esas relaciones de solidaridad... a mí se me establecen porque me doy cuenta. El que no se da cuenta pasa por ellas sin registrarlas, pero todos estamos metidos en ellas.

Porque si yo soy interpelada por alguien en la calle y no lo miro, no la miro cuando me pide algo, un minuto antes pude haber estado hablando del genocidio en Argentina y después salí a la calle y le negué a alguien la mirada, por lo menos la mirada, y no lo traté como un ser humano. Quiere decir que eso nos pasa todos los días. El asunto es si lo registramos, si somos conscientes de eso, si tratamos de practicar otro tipo de cosas. Por eso digo que yo no quiero situarme solo en el lugar de la víctima, porque también soy victimaria. Nos pasa a todos. Claro que a algunos nos pasa cuando nos distraemos sin querer, y a otros les pasa todo el tiempo porque lo ponen en práctica con convencimiento, como este señor que era racista además de haber sido víctima de la Shoá.

No puedo dar explicaciones sociológicas, lo que sé es que eso nos pasa todos los días. Y la falta de atención al hecho, la falta de autorreflexión, hace que todo se transforme en una confrontación imposible. Ahora, por ejemplo, vuelvo a lo de Israel-Palestina: está el tema desde el lado palestino de la “normalización”, le llaman normalización. Por ejemplo, se hizo un video —no sé si lo vieron— que ganó el Oscar, sobre los colonos entrando y destruyendo un pueblo, pero hace años, en 2016. Muestra la relación entre un israelí y un palestino, donde el israelí empatiza con ellos, va, está con ellos, y tienen discusiones. Después de eso, un grupo importante —que no voy a mencionar— lo criticó porque no era un documental comprometido con la denuncia: no hablaba de genocidio, no hablaba de apartheid. Entonces prácticamente hicieron declarar al director que él estaba de acuerdo con esos principios, porque si no lo iban a boicotear.

Lo único que nos puede salvar es entender la situación, tratar de dialogar, como hizo la orquesta del argentino Barenboim con Said, donde incentivaron una orquesta palestino-israelí y durante años lo lograron, pudieron trabajar juntos mucho tiempo, hasta que finalmente Said murió. Después Barenboim fue echado de Israel porque ya vino la derecha rabiosa y todo se acabó. Pero ese era un proyecto con el cual yo estaría de acuerdo. Lo único que nos puede salvar, pienso, es eso. Pero eso no gana. Yo no tengo recetas para la victoria, de ninguna manera. No es lo que predomina.

Estamos en una época de retroceso en ese sentido y yo voy por ese camino, me viene mejor la literatura que hacer declaraciones públicas. Todos estos títulos que se les ponen a las cosas yo los rechazo. Pienso que hay que ir por otro camino, porque vos decís esta palabra, el otro dice otra, no, pero vos usas esa, entonces yo uso esta, entonces no podemos hablar. Los titulares ya nos separan, entonces tenemos que ir por otro lado. Por eso, es que el testimonio va por otro lado, no explica las cuestiones en términos de titulares, claro que está el testimonio de denuncia que también jugó su papel, pero con el tiempo lo que puede ayudarnos a pensar y a sentir es otra cosa, creo yo, y es eso que vos decís. Tampoco podemos idealizar a los grupos que vivían acá en América, a las, digamos, primeras naciones como dice Canadá. No las podemos idealizar que eran todos maravillosos y sabios como se tiende a hacer. También ellos tienen un montón de cosas internas que eran un desastre y a la vez, juegan el papel de víctimas y hay quede anunciarlos como tales y hay que defenderlos, pero son seres humanos que eran víctimas de una serie de deficiencias, de traumas y de relaciones que les llevó mucho tiempo superar a través de la denuncia. Por ejemplo, en Canadá se hicieron muchas denuncias en el siglo pasado de lo que había pasado con las primeras naciones y a través de esa denuncia pudieron también hablar y enfrentar toda la podredumbre que había generado una vida precaria. Pero bueno, no las podemos idealizar tampoco. Yo rechazo ese tipo de idealizaciones. Y en Estados Unidos, tenemos el caso de Floyd que fue asesinado por un grupo de policías blancos. Pero también hay otro caso en que eran policías negros y agarraron a un negro, ya no me acuerdo cómo se llama, pero también hay policías negros que cometen ese crimen, es mucho más complejo de lo que se quiere pensar. Ah, bueno, eran blancos entonces el otro era negro, en ese caso sí, pero en otros no. También hay un montón de negros que quieren ser blancos, y bueno, un montón de latinos votaron a Trump en Estados Unidos. Para entender el siglo XXI, si no empezamos por ahí, creo que no vamos a ningún lado.

EKP: Leo Spitzer cuenta en *Hotel Bolivia* que el hecho de haber vivido el Holocausto no ayuda en ningún modo a entender la situación de injusticia racial en Bolivia.

N: Bueno, ese es el caso que yo pongo ahí, porque el europeo es europeo. El europeo ciertas cosas no las manejaba, y si no tienen una educación con relación al lugar a donde llegan, no digo que todos los europeos, él que escribe *Hotel Bolivia* se da cuenta. Pero no tenían un entrenamiento en ese sentido.

Es mucho más complicado, había recientemente un candidato político de la extrema derecha en Francia que era judío, y era el candidato de la extrema derecha, tampoco me acuerdo el nombre, pero era una paradoja total, porque esa extrema derecha es nazi, y el tipo era judío.

EKP: En cambio, la líder del partido ultraderecha alemán está en pareja con una mujer que es inmigrante...

N: Es rarísimo, yo creo que no podemos entender el mundo actual sin empezar a entender todos esos matices, sí.

D: Yo quiero volver un poco para atrás y preguntarte directamente por tu experiencia en la escritura: concretamente me interesa saber si vos, cuando lees tus textos, encontrás algo de todo ese mundo de Hashomer Hatzair, de toda esa educación judía no formal que tuviste, si algo de eso permea en tu escritura, en tus temas, en tus enfoques, en tus planteos.

N: Sí, en estos libros de ensayo, no sé, pero en los libros de narrativa, lo que te puedo decir es que, por ejemplo, me gusta poner palabras en ídish o a veces en hebreo, y esas las aprendí en estos lugares antes de ir a Israel todavía. Y como a mí me gustan las palabras y las lenguas, de lo poco que sé, porque yo no hablo ídish y no lo entiendo tampoco, pero las pocas palabras que asimilé me gusta incorporarlas y yo pienso que eso tiene que ver con mi experiencia en estos campamentos donde usábamos palabras en hebreo. Y yo, al escribirlas, me viene un hueco de esa época y creo que el deseo de continuar haciendo campamentos en mi vida: yo iba a campamentos de otros grupos porque la experiencia colectiva, que en esa época en que yo fui a la Hashomer, no la hacían los que no eran judíos. Los chicos judíos iban a este tipo de colonia, los chicos no judíos se iban con los papás de vacaciones. Yo no conocía a ninguno que tuviera esta opción y este tipo de vida colectiva que se practicaba, me marcó también la vida de los años subsiguientes. Y, hablando de la escritura, siempre dejo estas marcas en la escritura, porque siempre que puedo, hablo de aquellos campamentos y de aquel momento, y pongo las palabritas. Es como que eso resuena en mí como las pinceladas de color del lenguaje y de la propia vida. O sea, le dan vida al lenguaje, me parece a mí. Y siempre las... No, ya te digo, no en los ensayos. Siento sobre todo que en las narrativas tiene hueco en mí todo eso vivido y bueno, y las palabras o las frases en hebreo cuando cuento una escena y pongo gracias. Quiero que el lenguaje conserve ese sabor, digamos. Eso sería todo lo que puedo decir.

D: Es interesante, o sea, te escuché hablar de los campamentos de la Hashomer. Hace poco, Eduardo Halfón publicó *Tarántula*, que es su última novela, donde él cuenta cómo sus padres lo mandaron a un majané como este, creo que de hecho era de Hashomer también. Y es interesante, porque él tiene un relato similar al tuyo en cuanto a su experiencia judaica, una crianza bastante laica pero, a diferencia de tus padres, quizás, sus padres que habían emigrado a los Estados Unidos estaban preocupados por el fantasma de la asimilación. Y él cuenta acá

esa experiencia en la Hashomer y su experiencia judía junto probablemente con sus charlas con su abuelo que era sobreviviente de Auschwitz. Habla también del campamento, como una experiencia formativa muy fuerte.

N: Me lo quiero anotar, a ver si lo leo.

EKP: Sí, sí, yo te puedo mandar. Igual ahí la historia es muy crítica.

N: No, claro, pero...

D: Me refiero a la experiencia formativa de ir al campamento, de toda la ceremonia, las formaciones de las que vos hablabas, la convivencia con los madrijim, que son chicos un poco más grandes seguramente, la cuestión colectiva. Él es crítico porque él cuenta una actividad que hicieron que fue un desastre, pero es típica, seguramente a vos también te la hicieron, a mí también me la hicieron. Van al campamento, y hacen una actividad en la que los madrijim se convierten en nazis. O sea, es una práctica muy común. Seguro que a vos te pasó.

N: No, no la hice, pero escuché, escuché. Por eso es por lo que uno aprende, si es que uno aprende, a ver el mal y el bien, o sea, que de repente esos tipos con los cuales vos empatizabas tanto y eran perfectos, de repente hacen algo que a vos te deja totalmente fuera de lugar y que no lo podés creer que ellos mismos se estén haciendo eso. Se equivocan, simplemente se equivocan, pero eso me interesa leerlo. Además, me va a traer recuerdos, porque yo no me acuerdo tanto de los detalles, pero si lo leo me va a...

Así que eso, yo creo que uno está atravesado por eso, o atravesada, más allá de lo que a veces uno percibe, ¿no? En el momento en que escribo, me doy cuenta de que estoy mucho más atravesada de lo que pienso en mi diario vivir. Por eso, me gusta escribir. Porque me sorprende. Yo a veces escribía de una forma muy rápida, y me empezaba a reír, porque era un chiste que nunca me había contado, pero yo no lo había pensado. Al escribir me salía algo que me resultaba gracioso, pero viste que la escritura a veces es más rápida que uno. Y entonces te sorprendés de lo que vos misma podés decir o pensar. Y yo decía, bueno, me conté un chiste que nunca me había contado. Entonces eso en la escritura hace que, claro, después reflexionar... yo hacía eso de poner las palabras en índice, en hebreo, pero lo hacía intuitivamente, después lo reflexiono, y digo, claro, yo lo que pasa es que conservo un lenguaje múltiple, pero todo eso es una reflexión posterior.

EKP: Sí, me acuerdo de una escena de tu novela *Un día, allá por el fin del mundo*: van de excursión a ver un volcán en Guatemala. Ahí viven una experiencia sombría y transformadora,

relacionada con la memoria del terrorismo de Estado y, al volver, encuentran un restaurante judío. Vos le decís shalom al propietario, y este les abre la puerta a vos y a quienes están contigo, que nos son judías. La escena del volcán es muy inquietante, pero tiene un happy end: les abren la puerta.

**N:** Y yo digo que para algo me sirve algo así como una identidad tan compleja. Como que, bueno, por fin, esto de ser judía sirve para algo. Algo así. Sí, y en ese camino, me acuerdo, me habla una hija de desaparecidos.

**EKP:** Sí, así lo contás: las chicas, una de ellas hija de desaparecidos, suben a ver el volcán, vos te quedás. Lo presentás como una experiencia muy, no sé si peligrosa, pero inquietante. Vos estás esperando, ellas bajan, y la visita al volcán activa en la hija el recuerdo de los padres.

**N:** Sí, porque fue una experiencia traumática para ellas acercarse tanto al volcán, porque empezó a escupir. Y entonces sintieron una conmoción interna, que pienso que es —o lo interpreto como— el estallido interno que le permitió a esa chica abrir otros traumas. Sí, como el detonador.

Para mí fue así. Entonces lo cuento, y en realidad fue así. O sea, es mi lectura de lo que pasó, pero sí, el detonador fue el tembladeral de la naturaleza, la explosividad de eso, que hizo hueco en su alma, digamos. Y se pasó el recorrido contándome todo eso.

Es curioso porque yo siempre quise crear novelas, y al fin y al cabo siempre escribí cuestiones autobiográficas. Podría haberles cambiado el nombre a los personajes y hubiera sido una novela 100%, pero es que sucedió así. Sucedió, digo, no lo cambié. Porque me parecía que de por sí era un relato que no había nada que cambiarle. Es inquietante. ¿Y cómo es que, qué es lo que provoca que a alguien le llegue el momento de contar y a quién? Y bueno, algo tan remoto como una mini explosión de un... ¿cómo se llama? De un volcán, y a la persona que tenía más cerca, o sea, cualquiera.

Bueno, díganme ¿qué más? Yo que les dije que no quería ir a lo de Israel voluntariamente. Fui dos veces, así que no quiero ir más. Hablé dos veces de eso, pero bueno. Justamente cuando llegaron les dije que no quería hablar de eso, porque todos los días estoy pensando en eso. Igual lo traje dos veces, pero ya.

**D:** Bueno, es difícil esquivarlo.

**N:** Sí, especialmente porque uno vivió ahí. Hay gente que fue sionista, yo no vengo de una familia sionista. Mi papá decía que si los judíos hacían un estado después lo iban a tener que

defender sus fronteras con ejército y demás, y que eso iba a llevar a algo que no era deseable. Bueno, él no vivió para ver todo esto, pero evidentemente él tenía su razón. Por otro lado, se creó por lo que sabemos, entonces no hay solución. Ante el mal absoluto no hay solución, todo es malo, todo tiene su... ese es el problema. Después algunos dicen, “pero mirá, estos israelíes no aprendieron nada”. ¿Qué aprendés del mal absoluto? Aprendés esa... a mí me llevaron como ovejas al matadero, aunque no sea cierto.

D: Obvio que no es cierto.

N: Pero el mito, ellos también lo tienen, ahora no me van a llevar más y voy a reventar al que se me oponga, y eso es lo que aprendés. Bueno, en cuanto a mitos digo, ¿qué quieren? ¿Qué salga alguien que ame a la humanidad? No, alguno puede salir así, pero otros no. No hay una solución cuando todo viene del mal, todo tiene su... o sea, el mal no puede generar algo razonable. Y lo que pasa ahora es consecuencia de todo eso. Entonces, es imposible salirse. Sea porque crees en el sionismo, sea porque no crees, sea porque viviste ahí, sea porque no viviste y hablan en tu nombre. De todas maneras, es imposible salirse. Yo tengo amigos judíos que no son sionistas, que no fueron nunca israelíes, y dicen, ¿por qué? Porque yo sea judía y tengo que contestar a preguntas sobre Israel. Israel es un país que dice representarme, bueno, a mí no me representan. Eso también es viable, todo es viable, pero a todos nos preocupa, y bueno, en todo caso.